

## SÁNCHEZ VÁZQUEZ: DOS RAÍCES, DOS TIERRAS, DOS ESPERANZAS\*

SILVIA DURÁN PAYÁN

*Los caminos se poblaron de caminantes y hombres fugitivos que marchaban al destierro con el dolor a cuestas.*

Pablo Neruda

Fue en 1939, hace cincuenta años, cuando los barcos zarparon rumbo a México. “Como en otro tiempo por la mar salada/ te va un río español de sangre roja,/ de generosa sangre desbordada.../ Pero eres tú, esta vez, quien nos conquista/ y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!”<sup>1</sup>

En 1939, comenta Sánchez Vázquez, “la trágica experiencia civil había terminado para mí. A lo largo de ella y, sobre todo, en los últimos meses, había adquirido propiamente una tonalidad trágica. Como en las grandes tragedias se luchaba de un modo insobornable por unos principios, por una causa, aunque ello significara la marcha inexorable a un desenlace infeliz: el fracaso, la derrota, la muerte...”<sup>2</sup>

Con la conciencia de la derrota el joven Adolfo Sánchez Vázquez llegó a París en un último viaje de esperanza, de terquedad. En el trayecto escucharon la noticia, no querían creerla: el coronel Casado, a la cabeza de su Junta, se sublevaba contra el gobierno legítimo

\* Publicado por primera vez en *Cincuenta años de exilio español en México*. México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1991, pp. 125-137.

<sup>1</sup> Última estrofa de un poema de Pedro Garfias. Sánchez Vázquez y Juan Rejano fueron los primeros en escucharlo a bordo del *Sinaia* en 1939, en la primera expedición colectiva.

<sup>2</sup> Vid. *infra*, Ana Lucas, “Cronología. Adolfo Sánchez Vázquez: vida y obra”, pp. 231.

de Negrín. Las esperanzas se habían muerto; los campos de concentración y el exilio eran los caminos inmediatos a seguir.

“Tuve suerte —verdadera lotería— de contarme entre los que podían iniciar, gracias a Cárdenas, una nueva vida”, dice Sánchez Vázquez. Una nueva vida, otra esperanza, la posibilidad del regreso y algún día el triunfo. Salió rumbo a México a bordo del *Sinaia* con otros españoles, compañeros de lucha, muchos de ellos destacados intelectuales.

El 13 de junio de ese año los refugiados españoles llegaron a Veracruz. Miles de jarochos los recibieron entre aplausos y vítores. México era el camino de la esperanza y el principio de la incertidumbre. El destierro comenzaba.

Al principio —me comentó un día Sánchez Vázquez—, vivíamos con lo indispensable, no comprábamos nada. Cuando alguien lo hacía, los demás lo veían con malos ojos, porque empezar a amueblar una casa indicaba permanencia, pocas ganas de regresar. Veníamos por un corto tiempo, al menos eso creíamos. “Cortadas sus raíces no puede arriesgarse a vivir aquí; prendido del pasado, arrastrado por el futuro [el exiliado] no vive el presente”.<sup>3</sup>

Sin embargo, ese corto tiempo se prolongó y transcurrieron varias décadas antes de que los refugiados españoles pudieran regresar a su país. “Y es entonces cuando la contradicción, el desgarramiento que ha marcado su vida años y años, llega a su exasperación [...] En verdad, las raíces han crecido tanto, las penas y las alegrías, tanto los sueños y las esperanzas, tanto el amor y el odio, que ya no pueden ser arrancados de la tierra en que fueron sembrados”.<sup>4</sup>

El día tan esperado por estos hombres llegó al fin. Una mezcla de alegría y dolor se apoderó de ellos. El regreso significaba otro desgarrón, de alguna manera otro exilio. Sobre todo para aquellos, como el doctor Sánchez Vázquez, que llegaron a México muy jóvenes. Aquí se tituló, se casó con Aurora, el amor de su vida, como él mismo ha declarado; tuvo a sus tres hijos: Adolfo, Enrique y Aurora, y se convirtió en abuelo. En este país publicó por primera vez y se convirtió en el importante intelectual que es hoy.

<sup>3</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, “Cuando el exilio permanece y dura”, *ibid.*, p. 55.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 56.

En alguna de las tantas pláticas que hemos tenido, con una copa de vino en la mano para brindar por la muerte de Franco, Aurora y el doctor me comentaron: “es muy difícil regresar. Aquí están nuestros amigos. Nuestros hijos son mexicanos, aquí están nuestro trabajo y nuestros intereses. Irnos significaría perder todo esto que hemos construido con tanto esfuerzo y en tanto tiempo”. Lo que fue una esperanza se convertía, ahora, en una amenaza.

Cuando el maestro Gabriel Vargas Lozano me invitó a participar en este coloquio, acepté de inmediato. Dos motivos fundamentales me llevaron a tomar con tal seguridad esa decisión. El primero, y tal vez el más importante para mí, es el poder hablar sobre el doctor Sánchez Vázquez, a quien he seguido en sus cátedras y a quien me une un lazo de amistad y un cariño que han sido fundamentales en mi vida, tanto académica como personal. Poder hablar sobre él y sobre su obra a cincuenta años de su llegada me parecía la más tentadora de las invitaciones. El segundo motivo es hablar sobre el exilio y valorar la aportación cultural de los exiliados españoles a nuestro país.

Para mí el exilio no es solamente una palabra, un año o un hecho teórico. El exilio español tiene para mí un rostro concreto y cruel. Es el rostro de la injusticia humana, de la ferocidad de la guerra, de la derrota. Y es también el rostro de la esperanza, de la lucha revolucionaria de unos hombres que estuvieron dispuestos a perderlo todo, con tal de realizar sus ideales.

El exilio —español, chileno, argentino o de la nacionalidad que sea— tiene el mismo rostro, significa lo mismo. Estar aquí reunidos para conmemorar el exilio español es estar reunidos para volver a protestar, para declarar en contra de todos aquellos gobiernos que reprimen, que se instauran en medio de la ilegitimidad, que prohíben la libertad y que van en contra de la historia, del futuro, del proceso que la humanidad sigue y seguirá, pese a todos los Franco o los Pinochet que existan. De ese futuro que perseguimos con legítima necesidad, de ese hombre nuevo que reclama el marxismo y de esa sociedad igualitaria y justa que queremos todos los hombres.

Todos los exilios significan lo mismo, pero el español es para nosotros más importante. Con los españoles tenemos una relación histórica que fue y sigue siendo fundamental. Una relación, diríamos

de parentesco, que se inició hace casi quinientos años, cuando su sangre y la nuestra se hicieron una en los campos de batalla, por los heridos de los arcabuces y los filos de la obsidiana. Cuando su sangre y la nuestra se hicieron una en los hijos, en el amor. En 1519 llegaron a México por primera vez a un mundo que les era desconocido y, a veces, incomprensible. A pesar de lo acontecido en esos tiempos, y pese a lo que ocurrió, los españoles fundieron su cultura con la nuestra y una nación distinta surgió.

En 1939 volvieron a llegar por mar a nuestras tierras, pero ahora eran otros españoles y otra su actitud.

De España salieron intelectuales, revolucionarios, una buena parte de los mejores hombres de ese país, para venir a México en busca de la vida, de una nueva vida. El llamado "Nuevo Mundo" era extrañamente cercano a ellos, a pesar del desconocimiento que tenían de nuestra cultura y de nuestra historia.

México era un país con personalidad propia, contaba entonces con intelectuales y artistas destacados como Siqueiros, Juan de la Cabada o Vasconcelos. Sin embargo, la llegada de los españoles fue de vital importancia para incrementar nuestra cultura. Los españoles empezaron a trabajar en México y pronto se vieron los frutos de su trabajo. En el campo de la docencia, su estilo fuerte de catedrático-conferencista y la sólida preparación de sus clases obligaron a que los alumnos los siguieran desde el principio. Nuestra universidad, por diversos motivos, padecía de profesores negligentes y reaccionarios. El contraste con estos catedráticos permitió que una nueva visión, que un nuevo espíritu se fuera colando en las clases. Apoyaban sus cátedras con textos escritos en otros idiomas y, con esto, abrían las puertas de la Europa que ellos representaban, incrementando y actualizando el pensamiento que se había desarrollado en nuestro país. Para poder completar su labor docente, los profesores españoles empezaron a traducir con gran calidad textos de trascendencia para el pensamiento universal.

Pero si su labor en la docencia fue importante y fundamental en la traducción, sus proposiciones teóricas e ideológicas fueron indispensables para que el pensamiento idealista y reaccionario que permeaba nuestra universidad fuera puesto en crisis y paulatinamente desechado.

El largo exilio que vivieron los españoles en nuestro país permitió que produjeran sus teorías y sus trabajos más importantes aquí; o bien que reafirmaran sus proposiciones en un campo crítico diferente y, por lo mismo, enriquecedor de sus teorías. Este exilio, tan largo y productivo, repitió el fenómeno que ocurriera hace casi quinientos años.

Después de cincuenta años, ¿a qué país pertenecen los refugiados españoles? ¿A México? ¿A España? Permítanme contarles una anécdota para responder esta pregunta. La biblioteca de mi casa la ordenaba por materia, autor y país. Fue siempre un conflicto acomodar los textos del doctor Sánchez Vázquez, conflicto que no pude resolver hasta que decidí ordenar los libros solamente por materia y autor; así pude colocar sus publicaciones en filosofía, porque independientemente de donde haya nacido o donde haya escrito, Sánchez Vázquez es un filósofo, y la teoría, la verdadera teoría que habla con objetividad y que contempla, por lo mismo, hacia el futuro, no reconoce fronteras estrechas. Así, el exiliado es “la suma de dos raíces, de dos tierras, de dos esperanzas. Lo decisivo es ser fiel —aquí o allí— a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar —acá o allá—, sino cómo se está”.<sup>5</sup> El doctor Sánchez Vázquez fue y es fiel a sus principios revolucionarios, a esos principios y a esa coherencia que lo llevaron al exilio. Su actividad política le permitió sincronizar su reloj con el presente y no perderse (grave peligro para los exiliados) en la idealización del pasado, en el recuerdo.

Cuando llegó, y él mismo lo ha comentado, sus conocimientos sobre filosofía no eran tan sólidos como él lo hubiera querido. Las circunstancias políticas por las que atravesaba España y la relación de Franco con los Estados Unidos, lo llevaron a entender que era necesario contar con un marco teórico más fuerte para poder guiar de mejor manera su actividad política. Así empezó a estudiar, de manera formal, filosofía, y logró convertirse en doctor con mención honorífica.

Empezó a publicar relativamente tarde o, según él mismo dice, afortunadamente tarde, porque si hubiera escrito antes, hoy tendría

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 57

que negar lo dicho. Se refería obviamente al stalinismo que permeaba de una manera u otra los escritos de los marxistas en esa época. Nosotros conocimos ya en sus proposiciones y en sus publicaciones una filosofía marxista antidogmática, basada en la noción de *Praxis*.

*Las ideas estéticas de Marx* es su primer libro importante, porque abre las posibilidades de construir la estética marxista a través de las ideas que Marx aportó sobre el arte en diversos textos. Es importante también porque inaugura una perspectiva marxista, una lectura de Marx, que a mi manera de entender es correcta. Un marxismo vivo que parte de Marx para desarrollar y enriquecer sus tesis, de acuerdo con la realidad social que se estudie. Para quienes vivieron la primera edición de este libro, fue una luz reveladora. En alguna ocasión uno de ellos me comentó que haber leído esa obra, en ese momento, le permitió empezar a combatir sus proposiciones cerradas y dogmáticas. Sus tesis sociológicas o gnoseológicas eran, según Juan Bañuelos y José Revueltas, un texto que los sacudió y que les permitió volver a Marx y al arte desde una perspectiva diferente. Romper con los resabios todavía idealistas que tenían, enfrentar el problema de la producción artística como una praxis, revalorar los escritos que produjo Marx en su juventud y, desde luego, tomar una posición crítica frente al stalinismo.

Lo más importante de este texto es que en él se encuentra una proposición que parte de Marx, pero que es una proposición original, una construcción filosófica propia: se trata de la filosofía de Sánchez Vázquez.

Después de este escrito siguieron muchos más. *Filosofía de la praxis*, un libro central para la comprensión de la filosofía marxista y desde luego de la filosofía de Sánchez Vázquez. *Ética*, otros análisis sobre estética, o sobre las ideas políticas de Marx, Lenin y Engels; estudios sobre economía en los textos de Marx, su polémica con Althusser, etcétera. Su producción ha sido fecunda tanto en calidad como en cantidad. Este breve espacio para hablar sobre él no alcanza para hacer un análisis sobre todos sus trabajos, por esto voy a referirme solamente a unas cuantas ideas sobre estética.

Elijo la estética de Sánchez Vázquez por dos motivos: el primero, porque como él mismo me dijo un día en mi casa, cuando conoció a la primera de mis hijas, “se ve que en esta casa se estudia estética”;

y segundo, porque es lo que ustedes esperaban. No hay más motivos, ya que toda su producción es igual de importante.

Sánchez Vázquez produce una estética original. Para él “la actividad artística tiene que fundarse en una praxis originaria de la que ella misma surge como una expresión superior. La práctica es una dimensión del hombre como ser activo, creador, y, por ello, el fundamento mismo de la praxis artística hay que buscarlo en la praxis originaria y profunda que funda la conciencia y la existencia del hombre”.<sup>6</sup> Esta acción, la transformación de la naturaleza, es la que permite al hombre afirmarse como ser humano, constituirse y enriquecerse. La nueva realidad que surge de esta práctica es, entonces, tanto interna como externa. El hombre, dice Marx, “se apropia su ser omnilateral de un modo omnilateral y, por tanto, como hombre total”.<sup>7</sup> Así, los hombres se enriquecen más y más en la medida en que se apropien del mundo de diferentes maneras. Cada una de ellas satisface necesidades distintas.

A partir de esa praxis originaria surgen otras praxis como expresiones superiores. La praxis artística y la esencia del hombre son semejantes; su denominador común es el trabajo creador. Por este motivo el arte es, para Sánchez Vázquez y para Marx, un peldaño superior “en el proceso de humanización de la naturaleza y del hombre mismo”.<sup>8</sup>

El arte reproduce un trozo de la realidad social, parte de la misma realidad que la ciencia, pero para el arte se trata de una realidad humana. Para Sánchez Vázquez el arte se “justifica si tiene un objeto propio y específico [...], que condiciona, a su vez, la forma específica del reflejo artístico. Este objeto específico es el hombre, la vida humana”.<sup>9</sup>

Con estas tesis Sánchez Vázquez se enfrenta y rompe con las estéticas gnoseologistas y sociologistas que dominaban en el terreno de la estética marxista. El problema no es que el arte proporcione conocimiento; para Sánchez Vázquez el arte es una manera de apropiación de la realidad, es un medio específico de conocimiento, pero,

<sup>6</sup> A. Sánchez Vázquez, *Las ideas estéticas de Marx*. México, Era, 1967, p. 49.

<sup>7</sup> Carlos Marx, “Manuscritos económicos-filosóficos”, en *Escritos económicos varios*. México, Grijalbo, 1966, p. 85.

<sup>8</sup> A. Sánchez Vázquez, *Las ideas estéticas de Marx*, p. 34.

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 52.

y aquí está la diferencia, tanto por su forma como por su objeto. Me voy a permitir recordar algunos de los argumentos del más fino y profundo representante de la teoría del realismo socialista, Lukács, para marcar más claramente las diferencias de Sánchez Vázquez con todas estas ideas. Para Lukács, el reflejo artístico de la realidad parte del mismo objeto que el reflejo científico; la diferencia entre estos dos es que en el primero se supera tanto lo singular como lo universal a través de la categoría central de la estética: la particularidad. Mientras que en Sánchez Vázquez el arte refleja un objeto distinto al objeto de la ciencia, el objeto del arte es la realidad humana, no la objetiva. “En la creación artística, o relación estética creadora del hombre con la realidad, lo subjetivo se vuelve objetivo, y el objeto se vuelve sujeto, pero un sujeto cuya expresión ya objetivada no sólo rebasa el marco de la subjetividad [...] sino que ya fijada en el objeto puede ser compartida por otros sujetos”.<sup>10</sup>

Para Lukács el arte realista es el arte por excelencia. Para él, como para muchos otros autores, en tanto que el arte es un reflejo objetivo y fiel que nos muestra de manera esencial la realidad, la forma verdaderamente artística es el realismo. Sánchez Vázquez discrepa con toda esta corriente que pretende afirmar, en nombre de Marx, que el realismo es la única y verdadera forma del gran arte. Por el contrario, para Sánchez Vázquez el arte “presenta hombres concretos, vivos, en la unidad y riqueza de sus determinaciones, en los que se funde de un modo peculiar lo general y lo singular. La realidad humana sólo le revela sus secretos en la medida en que, partiendo de lo inmediato, de lo individual, se eleva a lo universal, para retornar de nuevo a lo concreto. Pero este nuevo individual o concreto artístico es el fruto de un proceso de creación, no de imitación”.<sup>11</sup> El arte deberá de ser cambiante en tanto que es una de las formas de aproximación de la realidad humana, y ésta es cambiante, lo mismo que las formas de expresión de esa realidad que el hombre construye. Así, Sánchez Vázquez niega que el arte realista sea la forma idónea de expresión estética. De acuerdo con su posición abierta y antidogmática que ya hemos señalado, años después propone, incluso, que las llamadas

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 35.

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 30.



“obras abiertas” por Umberto Eco, son la posibilidad de socializar el acto creador. Es en estas obras abiertas, que no tienen nada que ver con las formas cerradas que implica el arte realista, donde Sánchez Vázquez ve la posibilidad de un acto creador como proceso colectivo e ininterrumpido.

Sánchez Vázquez también se enfrenta críticamente a las posiciones sociologistas al afirmar que la obra de arte rebasa el *humus* histórico-social que la hizo nacer. Los análisis simplificadores que pretenden reducir el arte a sus condiciones sociales ignoran las peculiaridades y los eslabones intermediarios que hay entre lo social y el arte. Recordar aquella famosa frase de Marx es indispensable para romper con el sociologismo. El problema no radica en entender que el arte griego surge de determinadas condiciones histórico-sociales; el problema es saber por qué una vez superadas esas condiciones el arte griego nos sigue proporcionando placer.

Los sociologistas, en esta simplificación, llegan a negar el arte producido en las sociedades llamadas “decadentes”, porque para ellos ese arte es necesariamente decadente. La fórmula para ellos sería: sociedad decadente —arte decadente. Sánchez Vázquez afirma que el arte es un producto social, elaborado por un hombre social, en una determinada sociedad y, en este sentido, de alguna manera el producto refleja, muestra esa sociedad de la cual surgió. Sin embargo, se trata de un objeto específico con cierta autonomía y reglas propias. “El concepto de decadencia no es un concepto inmutable que pueda aplicarse indistintamente [...] a un periodo artístico determinado o a un periodo social. Arte decadente no es igual que arte de una sociedad decadente”.<sup>12</sup> El arte, el verdadero arte, al ser una actividad creadora del hombre, no puede ser decadente.

La proposición de Sánchez Vázquez se desliga de las estéticas que reducen el arte a ideología, de la misma manera que se aleja de las proposiciones que afirman que el arte no contiene ideología, que el arte es neutral. Estos argumentos los podemos encontrar en diversos textos, como por ejemplo los estudios que realiza sobre las concepciones artísticas de Lenin, donde reconoce que Tolstoi recrea algunos aspectos esenciales de la Revolución rusa a pesar de que

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 29-30.

su ideología sea contraria a ella. Con esto demuestra cómo el propio Lenin no reduce la obra artística a la ideología del autor, ni a la ideología social de la cual surge dicha obra, en la medida en que muestra esa revolución como un espejo complejo y contradictorio. Para Sánchez Vázquez es erróneo afirmar que el arte se reduce a la ideología, como afirmar que el arte es neutral. Para él, el arte no es neutral, la ideología es punto de partida, impone su marca en el contenido artístico y condiciona el modo de las posibles lecturas que la sociedad hará. Ningún arte es autónomo respecto a la ideología y por ello no hay ni puede haber arte ideológicamente neutral; pero el arte es autónomo en cierto grado e irreductible a esa ideología. El arte es una forma de conocimiento y, por lo tanto, irreductible a la ideología.

De la misma manera Sánchez Vázquez afirma que el arte no se reduce a sus condiciones sociales, en tanto que es un objeto distinto, pero que tampoco podemos estudiarlo si dejamos de lado esas condiciones. Por este motivo, Sánchez Vázquez estudia también las contradicciones entre arte y capitalismo afirmando que en los sistemas capitalistas el arte se vuelve una rama de la actividad económica, es una mercancía y como tal se rige por las leyes de mercado: “la contradicción entre arte y capitalismo no es casual, sino esencial (ya que) la producción capitalista entra en contradicción con su principio creador, y el trabajo adquiere la forma de un trabajo enajenado (así) la verdadera producción artística se convierte en la antítesis de la producción material capitalista que niega lo que es esencial en el arte: su creatividad”.<sup>13</sup>

En el capitalismo el arte y la sociedad tienden a separarse, los intereses de los hombres no son los intereses del mercado, de las necesidades de producción. En el capitalismo el criterio comercial ha logrado, según Sánchez Vázquez, una sensibilidad deformada que se genera a través de los medios masivos de comunicación cuyos contenidos están guiados por criterios comerciales, de ninguna manera por un criterio verdaderamente estético. Con esta sensibilidad deformada el público, la población, se divorcia cada vez más

<sup>13</sup> A. Sánchez Vázquez, “Socialización de la creación o muerte del arte”, en *Ensayos sobre arte y marxismo*. México, Grijalbo, 1984, p.123.

del arte interrumpiendo el proceso de comunicación propio del material artístico.

No es posible, por el tiempo, seguir más allá sus proposiciones estéticas; baste por ahora este pequeño recorrido para constatar la afirmación de que el doctor Sánchez Vázquez es un filósofo que produce una filosofía original, un marxista crítico (no sólo del capitalismo sino también del socialismo "real"), que su proposición es antidogmática y está dispuesto a retomar desde su concepción todas aquellas ideas que le parezcan adecuadas de otras estéticas, aunque no sean marxistas.

El profesor Gabriel Vargas Lozano afirma que su posición antidogmática surge cuando "Sánchez Vázquez toma conciencia de una crisis que empieza a salir a la superficie y que gradualmente vendrá a marcar su pensamiento [...] la crisis teórica y política del marxismo (que ocurrió en 1956 con el Informe Secreto de Jrushov, la transformación de Cuba al socialismo y la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia), es decir, por la gradual toma de conciencia de la bancarrota de toda concepción filosófica y política derivada del stalinismo y de la crisis del movimiento comunista internacional".<sup>14</sup>

Estoy de acuerdo con Vargas Lozano; solo añadiría que Sánchez Vázquez encuentra en la estética que el objeto del arte es el hombre, la vida humana, porque parte también de su experiencia, porque él es también poeta.

Si sus ideas fueron importantes en 1965, hoy vuelven a ser importantes; sus estudios y análisis filosóficos no han perdido vigencia. Su humanismo, es decir, sus análisis teóricos del hombre concreto y real, así como la fundamentación de un nuevo concepto de hombre a partir de los análisis de las relaciones de los hombres sociales, son indispensables para combatir la estética y la filosofía que algunos autores producen hoy y que, por pretensiones de "cientificidad" u objetividad, vuelven a caer en proposiciones parciales, formales o simplificadoras al olvidar que el objeto del arte es el hombre mismo.

<sup>14</sup> Gabriel Vargas Lozano, "La obra filosófica de Adolfo Sánchez Vázquez", en *Escritos de política y filosofía*, p. 189.

Yo lo conocí hace veinte años. Durante este tiempo he sido su alumna, su lectora, su crítica, su seguidora. Yo, como muchos desde la primera vez que asistí a sus cursos, quedé invitada a ser asidua asistente; su claridad, su rigor, su actualidad, su integridad teórica, su responsabilidad y su honestidad son las características constantes de su trabajo, tanto docente como teórico. En su calidad de profesor que integró siempre la docencia con la investigación, Sánchez Vázquez nos mostró, tal vez antes que nadie, los errores y los aciertos de Althusser, Eco, Lotman, Jakobson, Chomsky, etcétera.

Su carácter renovador y su profundo conocimiento de otros idiomas lo han hecho trabar contacto con pensadores en muchos casos inéditos en nuestro idioma, a los cuales tradujo y nos permitió conocer en sus clases.

Sánchez Vázquez es uno de los profesores más importantes del México contemporáneo. De entre sus alumnos hay quienes son ya significativos para la filosofía contemporánea, otros nos hemos dedicado al ejercicio de la filosofía con la misma actitud que él supo inculcarnos. No importa cuántas discrepancias o diferencias podemos tener con sus tesis, Sánchez Vázquez está siempre dispuesto a escuchar nuestras objeciones y a establecer polémica con sus alumnos desde sus planteamientos que son fruto de una meditación y una convicción profunda. Su carácter abierto y crítico ha posibilitado que sus alumnos no sean unos seguidores (repetidores) de su sistema; por el contrario, Sánchez Vázquez nos enseña a desconfiar de nosotros mismos, de las verdades establecidas, de sus propios argumentos, para que críticamente, con rigor y sistema, seamos capaces de afirmar con nuestros propios juicios. A sus alumnos nos exige lo que exige de sí: lo mejor de cada uno en la docencia, la investigación y en la vida. "No nos hemos constituido, no podríamos constituirnos, en discípulos suyos. En el mejor de los casos, tal vez alguno de nosotros pudiera aspirar a los títulos de honradez intelectual, de disciplina académica, de vocación científica y revolucionaria, que caracterizan la actividad de Sánchez Vázquez".<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Jaime Labastida, "La capacidad de dudar", en *Anthropos*, núm. 52. Barcelona, agosto, 1985, p. 33.

Del doctor Sánchez Vázquez podríamos decir lo mismo que él dice sobre Revueltas: “Sus reflexiones (en estos campos: la estética y la filosofía) no son casuales o incidentales sino que se hallan determinadas por problemas que le plantea la vida real tanto en el terreno político como literario. En verdad, se trata de reflexiones sobre su propia práctica [...]”<sup>16</sup> Y con ellas Sánchez Vázquez permanece fiel a una de las exigencias medulares del pensamiento de Marx: la racionalidad de la praxis.

<sup>16</sup> A. Sánchez Vázquez, “La estética terrenal de José Revueltas”, en *Ensayos sobre arte y marxismo*. México, Grijalbo, 1984, p. 175.